



SUFRIENTES Y HERIDOS A LA VERA DEL CAMINO QUE RECLAMAN NUESTRA COMPASIÓN HOY

Fr. Bernardo Cuesta Álvarez, OP

Babilafuente - Salamanca

1. La compasión, signo de identidad de la espiritualidad cristiana

Uno de los rasgos fundamentales de la espiritualidad cristiana es la compasión. Esta palabra significa en primera instancia “padecer con” o “sufrir con”, y sugiere, en segundo lugar, “vivir con pasión” (apasionadamente), es decir, vivir con profunda preocupación y responsabilidad todo lo que ocurre a nuestro alrededor, especialmente lo que les ocurre a las personas con las que nos encontramos cada día en el camino. Lo contrario del vivir apasionado es vivir sin tensión interior, con indiferencia.

Para los cristianos, la compasión está íntimamente ligada a la experiencia de un Dios que no es indiferente ante el sufrimiento de los seres humanos, sino que revela su rostro en la historia de los hombres como amor compasivo y misericordioso hacia ellos.

La compasión incluye dos dimensiones: una dimensión contemplativa, que nos ayuda a mirar el mundo con los ojos y con el corazón de Dios y a descubrirle a Él en los ojos y en el corazón sufriente de los hombres; y una dimensión comprometida, que nos impulsa a construir nuestra vida y a transformar el mundo conforme al proyecto que Dios nos ha revelado en Jesucristo. Sólo cuando la fe y la vida comprometida compasivamente se unen es posible vivir la alegría que nace del descubrimiento del “tesoro” del Reino que anuncia Jesús como Buena Noticia.



Me gusta partir de la unión de estas dos dimensiones del existir cristiano, porque demasiadas veces se han separado, dando lugar a dos estilos deformados de cristianismo: el de aquellos que sólo miran hacia lo alto para encontrarse con Dios en las alturas mientras se olvidan de los hermanos, y el de aquellos que buscando la eficacia del compromiso se olvidan de la fuente de donde éste brota y se alimenta. La espiritualidad cristiana no puede presentarse de otra manera; de lo contrario, ya la hemos deformado y desvirtuado en origen.

La compasión se despierta en el encuentro con el sufre. Y para los cristianos, encuentra su fundamento en el Dios compasivo revelado en Jesús y anticipado en la tradición veterotestamentaria.

1.1. Dios es compasivo y misericordioso

En numerosas ocasiones, los libros del Antiguo Testamento presentan a Yahvé como un Dios misericordioso (Ex 34,6), incluyendo en esta expresión dimensiones como la compasión, la ternura, la clemencia, la paciencia, el perdón... La misericordia es el modo de ser de Dios, que se hace "visible" en el modo de comportarse con su pueblo. Efectivamente, Dios hizo acto de presencia en la historia del hombre israelita en el marco dialogante de la Alianza. Las sucesivas renovaciones de la misma estructuran toda la teología bíblica. Ahora bien, la Alianza comenzó a fraguarse en el acontecimiento convocante de Israel como pueblo de Dios: el Éxodo. Los textos que narran este acontecimiento (Ex 3,7-12; Ex 6,2-8; Dt 26, 5-9) son un lugar bíblico fundamental para descubrir la idea que se formó Israel acerca de Yahvé.

En las tres tradiciones, el grupo del Éxodo aparece como una clase social baja, oprimida en tierra extranjera. Y Dios aparece como el liberador del oprimido, como el que tiene compasión de aquellos que sufren y que los libera de sus opresores. No es un Dios neutral, sino que en una situación conflictiva como era aquella, toma partido a favor de Israel (el oprimido) y en contra del Faraón (el opresor). La opresión es pecado y no puede negociarse con ella, simplemente debe ser eliminada como forma de relación entre los seres humanos. Como leemos en uno de los Salmos, "Dios que hace lo correcto está siempre del lado del oprimido" (Sal 103,6).

El recuerdo de esta experiencia liberadora del Exodo se hará presente en todas las fases de la historia del Pueblo de Dios (cfr. Dt 26,5-9; Jos 24,2-13; Os 13,4; Am 2,10; Jer 32,20-21; Ez 20,5-6; Dn 9,15...), y constituirá la razón definitiva de la conducta social que debe adoptar el pueblo. La comprensión de Yahvé como Dios compasivo y misericordioso está muy claramente reflejada en la oración del pueblo. Así se dirige a Él el salmista cuando lo invoca: "Mas tú, señor, Dios clemente y compasivo, tardo a la cólera, lleno de amor y de verdad, ¡vuélvete a mí, tenme compasión!" (Sal 86,15), o "clemente y compasivo es Yahvé, tardo a la cólera y lleno de amor, no se querrela eternamente ni para siempre guarda su rencor" (Sal 103,8-9; cfr. Jer 3,12ss). El Señor es compasivo



porque sabe de qué estamos hechos, “se acuerda de que somos barro” (Sal 103).

Mediante la fe en este Dios misericordioso y compasivo, el pueblo aprende a ser también respetuoso y compasivo con su prójimo. Los profetas, hombres de Dios con gran sensibilidad religiosa y social, asumen plenamente las consecuencias de la Alianza y quieren volver a unificar fe en Dios y justicia con el hombre. Los profetas desenmascaran los ídolos que intentan suplantar al Dios de la Alianza, y que necesitan de víctimas humanas para sobrevivir; denuncian un culto vacío y desconectado de la práctica de la justicia y sueñan con una Nueva Alianza escrita en el corazón del hombre y centrada nuevamente en la compasión, la justicia y la liberación de los oprimidos. Oseas, por ejemplo, invita a purificar un culto descomprometido cuando pone en boca de Yahvé las palabras “misericordia quiero, y no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos” (Os 6,6). Y algo parecido siente Isaías cuando dice: “¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de la maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa, que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes?... Entonces brotará tu luz como la aurora... te precederá tu justicia, la gloria de Yahvé te seguirá” (Is 58, 6-8).

1.2. La actitud compasiva de Jesús

Pero donde verdaderamente se revela este Dios compasivo y misericordioso es en el Nuevo Testamento, en la predicación y en el actuar de Jesús. Los evangelistas ofrecen numerosos pasajes en los cuales aparece esta actitud de Jesús. Sólo a título de ejemplo, hacemos referencia a algunos de ellos:

Cuando recorría ciudades y aldeas proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia, Jesús se compadece del pueblo desprotegido y desorientado. “Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36. Cfr. Mc 6,34). Ante esta situación, dice a sus discípulos: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” y es entonces cuando envía a los Doce, dándoles poder para “expulsar demonios (es decir, luchar contra las fuerzas del mal) y para curar toda enfermedad y toda dolencia” (Mt 9,37-10,1).

La misma actitud compasiva manifiesta Jesús ante la muchedumbre que no tiene para comer, como muestran los textos evangélicos de la multiplicación de los panes y los peces. Antes de la primera multiplicación: “Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,14; cfr. Mc 6,34). Y antes de la segunda multiplicación de los panes: “Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: Siento compasión de la gente, porque hace ya tres días



que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino” (Mt 15,32; Mc 8,1-3).

La compasión de Jesús no sólo se manifiesta ante las multitudes desprotegidas o hambrientas, sino que se dirige también a las personas individuales concretas. En este sentido, los textos evangélicos son numerosos:

Antes de curar a un leproso: “Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: “Si quieres, puedes limpiarme”. Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: “Quiero, queda limpio”. Y, al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio” (Mc 1,40-42).

Después de curar al endemoniado de Gerasa, Jesús le dijo: “Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti” (Mc 5,19).

Ante la viuda de Naím, que había perdido a su único hijo: “Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”... y después dijo al hijo: “Joven, a ti te lo digo, levántate” (Lc 7,13-14).

Los dos ciegos de Jericó reclaman de Jesús compasión: “En esto, dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al enterarse que Jesús pasaba, se pusieron a gritar: “¡Señor, ten compasión de nosotros...!” La gente les increpó para que se callaran, pero ellos gritaron más fuerte: “¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!”... Movido a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista; y le siguieron” (Mt 20, 29-34). Y lo mismo hace el ciego de Jericó, según la versión de Marcos (Mc 10,46-52) y de Lucas (Lc 18,35-43).

Finalmente, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la compasión y la ternura son rasgos fundamentales de la personalidad de Jesús, que se manifiestan de una manera muy clara en la acogida a los publicanos y pecadores, en la curación de enfermos y endemoniados, en el respeto y valoración que hace de la mujer, en la acogida de los niños y de los pequeños, en el perdón que dispensa a los enemigos y malhechores...

En los textos y acontecimientos mencionados se nos revelan algunos rasgos de la compasión de Jesús:

En primer lugar, la compasión es un sentimiento de responsabilidad que brota en Jesús ante la realidad sufriente del otro. El sufrimiento de aquel con el que Jesús se encuentra en el camino le provoca de tal manera, que no puede eludir la pregunta interior: ¿Qué quieres que haga por ti, qué quieres que haga para aliviar tu sufrimiento? Ante el grito de dolor y el sufrimiento de los otros, Jesús no puede desentenderse o hacerse el sordo, se ve obligado a responder, es decir, a dar una respuesta adecuada a su necesidad. Por eso, la aprehensión del Dios cristiano, el Dios de Jesús, es sensible al sufrimiento humano, tanto si la causa del sufrimiento es física (hambre, minusvalía...) como si es cultural,



social o moral.

En el comportamiento compasivo de Jesús, el sentimiento de responsabilidad ante el otro siempre se actualiza como compromiso real para con él. La compasión nace como un sentimiento afectivo (de la mente y del corazón) y se despliega en un compromiso eficaz (efectivo), transformador.

La compasión comienza con la aproximación al otro. El acercamiento, el contemplar cara a cara, en su inmediata cercanía, es lo que puede despertar en nosotros la compasión por el otro, que más tarde terminará en amor misericordioso y eficaz hacia él.

Jesús siente compasión hacia las personas individuales, pero también hacia las multitudes. Siente compasión del ciego de nacimiento,... pero también de la multitud que anda descarriada como ovejas que no tienen pastor. La actitud compasiva es responsabilidad ante el sufrimiento de personas individuales y ante el sufrimiento colectivo de grupos sociales, regiones o países enteros.

1.3. La compasión como exigencia evangélica

En el discurso de la llanura, San Lucas pone en labios de Jesús el consejo que da a los discípulos para que se ejerciten en la compasión: “Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). San Mateo, en el sermón del monte, utiliza el término “perfección”, asociando así la compasión a otras exigencias de hondo calado evangélico cuando invitaba a vivir en plenitud: “Vosotros sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48). La compasión, la no violencia, el perdón, la generosidad, el amor... expresan el modo de ser de Dios; y esos son los materiales con los que los discípulos han de construir su vida para que tenga consistencia humana (cfr. Lc 6,27-49).

San Mateo, en la parábola del siervo sin entrañas (Mt 18,23-35), presenta un ejemplo claro de la compasión humana que brota de la fe en un Dios también compasivo: “El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos... Primero le presentaron uno que le debía una gran fortuna. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que lo vendieran con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía hasta que pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies y postrado le decía: Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo. Movidlo a compasión, el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda.

Al salir de allí, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que únicamente le debía unos pesos; lo agarró y, ahogándole le decía: Paga lo que debes. Su compañero, cayendo a sus pies, le decía: ten paciencia conmigo, que ya pagaré. Pero él no quiso, sino que fue y le metió en la cárcel, hasta que pagase lo que debía.



Al ver sus compañeros lo sucedido, se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?

Y encolerizado su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”.

En la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15,11-31), conocida como una de las tres parábolas de la misericordia, manifiesta Lucas la desmesura de la misericordia de Dios frente al pecador, y la pobreza de espíritu del hermano mayor que se enfada y considera injusto el proceder del padre que actúa con ese amor desmedido.

La parábola del Buen Samaritano, recogida también por el Evangelio de Lucas (Lc 10,25-37) nos presenta el modelo por excelencia de la opción compasiva y comprometida que Jesús anuncia y vive en favor de los pobres y de los "abandonados a la vera del camino". El samaritano ve al herido, se aproxima, y se conmueve (tiene compasión). Toda una serie de movimientos - aproximación y mirada alterada misericordiosamente- que preparan la praxis eficaz: venda sus heridas, lo pone sobre su caballo, lo lleva a la posada y cuida de él todo el día y toda la noche... El modo de comportarse el samaritano de la parábola con el herido a la vera del camino es lo que hizo Jesús en la vida real con todos los pobres y excluidos de su tiempo. Y ese es el comportamiento al que Jesús invita al legista –y con él a todos nosotros- que le había preguntado “¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?": “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37).

2. Sufrientes y heridos a la vera del camino que reclaman nuestra compasión hoy

Abordar esta cuestión no resulta fácil y exige tomarla con sumo respeto y cuidado. En principio, todos los seres humanos que sufren, por las causas que sean, son destinatarios de nuestra compasión. Pero, en este momento histórico que nos toca vivir, existen personas y colectivos sociales especialmente vulnerables que reclaman nuestra compasión y solidaridad de una manera preferencial. A ellos nos referimos con el término genérico de pobres y excluidos o marginados sociales.



2.1. Algunas precisiones para poder entendernos

A los términos `pobre` y `pobreza` les ha acompañado casi siempre una notable ambigüedad. Con frecuencia se han utilizado y se siguen utilizando estos términos con asignaciones conceptuales diferentes, lo cual conduce inevitablemente a la confusión. A veces, el concepto de pobreza se ha estirado de tal manera -con frecuencia de forma interesada-, que hemos terminado por diluir su significado más propio y, lo que es peor, nos hemos desentendido de la miseria real. Sin embargo, han sido muchos los que han intentado clarificar las cosas y describir esta realidad en toda su hondura. Me convence el modo como ha tratado el tema Gustavo Gutiérrez. Para el padre de la teología de la liberación, hablar de pobres significa referirse al "mundo del pobre", un mundo sumamente complejo y difícil de precisar: *"Ser pobre –dice él- es pertenecer a un universo determinado, a un ámbito propio. Ser pobre es padecer de hambre, de enfermedad, de desprecio... y, en última instancia, ser pobre es ser insignificante... Es ser anónimo en la historia, eso es ser pobre. Pero ser pobre es también una manera de sentir, una manera de pensar, una manera de pasar su tiempo libre, una manera de orar, una manera de festejar, de hacer amigos. El pobre forma parte de un mundo tremendamente complejo, y cometeríamos -pienso yo- una grave injusticia frente al pobre si, con buen corazón, nos quedamos en la afirmación de que no come suficientes calorías o que su promedio de vida es sumamente bajo. El pobre es más que eso, pertenece a un mundo determinado, es un ser humano concreto, no una abstracción... Los pobres son personas concretas... que tienen maneras de ser, que tienen caminos para hacer las cosas... Los pobres son carne de cañón. Son anónimos en la historia. Ni muertos cuentan"*¹.

En este texto, Gustavo Gutiérrez nos ofrece una visión clarividente de la realidad de los pobres, en la que se reconocen carencias básicas multidimensionales (económicas, sociales, culturales...) y también posibilidades sorprendentes. Ante todo, los pobres no son cifras, sino personas concretas que sufren por carecer de aquello que es imprescindible para vivir con dignidad: alimento, educación, salud, participación en la vida social... Y, a pesar de estas carencias, viven y configuran mundos propios, sólo comprensibles para quienes deciden aproximarse a ellos y comportarse como prójimos de ellos.

Ante semejante complejidad, ¿es posible saber a quiénes nos referimos cuando hablamos de los pobres? Después de varios años de reflexiones multidisciplinarias sobre el tema, parece que la mayoría de las vías de investigación han conducido a una serie de conclusiones comúnmente

¹ GUTIERREZ, Gustavo, *Teología, democracia y liberación en América Latina*. "Misión Abierta" 5/6 (1984) 143-144. Teniendo en cuenta esta complejidad, publicaciones recientes se refieren a los pobres como "excluidos", es decir, sin acceso a realidades que les pertenecen por derecho: la tierra, la propia cultura y religión, las propias instituciones, la libertad y el mismo derecho a la vida. Los excluidos son los que no interesan al sistema, ni siquiera para ser explotados. F. HINKELANMERT dice que "los explotados son violados en su dignidad humana, pero al superfluo ni siquiera se le concede una dignidad que pueda ser violada" (*La crisis del socialismo hace patente el enfrentamiento Norte-Sur*. "Exodo" 8 (1991), p. 30).



compartidas. Desde el punto de vista conceptual y operativo, se acepta la definición que utiliza la Comunidad Europea en los documentos de los distintos programas de lucha contra la pobreza.

Según estos programas, a nivel conceptual *"se entiende que la expresión `pobre` se refiere a aquellas personas, familias y grupos cuyos recursos materiales, culturales y sociales son tan limitados que les excluyen del mínimo nivel de vida aceptable en los Estados miembros en los que viven"*². Esta definición contempla la pobreza como un fenómeno de naturaleza multidimensional. Ser pobre no se reduce simplemente a padecer penuria económica, sino que es una realidad más compleja, que exige contemplar, de manera conjunta e interrelacionada, una multiplicidad de factores para poder comprenderla y descifrarla. Ser pobre es carecer de recursos económicos suficientes para atender las necesidades básicas de alimentación, vestido, vivienda, sanidad y educación; pero es también quedar excluido de determinados espacios de participación, no tener posibilidades de desarrollo y autonomía personal, etc. *"La naturaleza multidimensional de la pobreza nos remite a la situación de una persona, familia o grupo que viene definida por la interrelación de una serie de desventajas o situaciones de precariedad que concurren en los diversos casos de pobreza, y que acaban conformando su mundo vital: ingresos bajos, salud deficiente, falta de enseñanza, ausencia de cualificación profesional, vivienda y hábitat inadecuado, debilidad social, dependencia asistencial, marginación social y cultural..."*³ Según sea mayor o menor la acumulación de estos factores, así nos hallaremos ante una situación más o menos grave de pobreza. Lo importante es comprender que se trata de factores tan relacionados entre sí que, en la mayoría de las ocasiones, se retroalimentan, conformando lo que normalmente se conoce como "circulo infernal de la pobreza".

Otro aspecto contenido en la definición de la Comunidad Europea es el carácter relativo a la hora de considerar la pobreza. Con esto queremos decir que no existe una medida económica única y universal para poder afirmar "esta persona es pobre", sino que la consideración de tal condición se realiza en función del nivel de vida social de cada país o de cada región en concreto. Así, por ejemplo, podemos entender que muchas de las personas que aquí consideramos pobres, si viviesen con las mismas condiciones en el Tercer Mundo, tal vez pertenecerían a grupos privilegiados. Y, al contrario, los considerados pobres en países del Tercer Mundo, si desarrollasen su vida en las mismas condiciones en algún país europeo, su condición sería de absoluta miseria.

En cualquier caso, la pobreza es un concepto y una realidad relacional, no se puede entender si no es en relación al concepto y a la realidad de la riqueza. Y

² CONSEJO DE MINISTROS DE LA CE, *Segundo Programa de lucha contra la pobreza* (1984) a. 1.2.1. Tomada de Miguel JUAREZ (Director), *V Informe Sociológico sobre la situación social en España. Sociedad para todos en el año 2000*. Fundación FOESSA (Madrid 1994). Tomo I, p. 284. En adelante, nos referiremos a esta obra como V INFORME FOESSA.

³ V INFORME FOESSA, 285.



la mediación que establece la relación es la desigualdad, la cual es acumulativa para los pobres del Tercer Mundo: desigualdad general por relación a los países más ricos, y desigualdad por relación a las personas y colectivos ricos del propio país. Esta dimensión acumulativa de la pobreza es importante no perderla la vista, no sólo para establecer la mayor o menor gravedad de la misma, sino también para establecer prioridades a la hora de actuar sobre ella.

A nivel operativo, se ha aceptado como denominador básico para medir la pobreza el concepto de umbral de la pobreza, que la Comunidad Europea formula de esta manera: *"Son pobres aquéllos que tienen unos ingresos netos por persona inferiores a la mitad de los ingresos medios por persona en un determinado país"*⁴.

Por debajo de este umbral, se establecen dos nuevos grados para medir la pobreza: pobreza moderada, que abarcaría aquellas personas cuyos ingresos netos se sitúen entre el 50% y el 25% de los ingresos medios por persona en un determinado país, y pobreza severa, que integraría a aquellas personas cuyos ingresos netos se sitúen por debajo del 25% de los ingresos medios.

Este tipo de indicadores de medición de la pobreza (umbrales o grados de pobreza) no debemos tomarlos de una manera simplista. Por sí solos, no dan razón de la complejidad que entraña el mundo de la pobreza y la exclusión social. Sin embargo, el umbral de la pobreza *"resulta ser el más significativo por su fuerte correlación con otros indicadores como son, por ejemplo, los indicadores de salud, cultura, empleo, formación, vivienda, etc.. De esta forma constituyen el mejor indicador de las condiciones sociales en las que se están dando los procesos de exclusión y especialmente en el grado que denominamos pobreza severa... Las investigaciones sociales confirman que las familias con ingresos mínimos, que están situadas en la pobreza severa, de hecho experimentan una serie de carencias básicas, o de mínimo sociovital, tales como insuficiente alimentación, vivienda deficiente cuando no inhumana, precario cuidado de la salud, ínfimo acceso a la educación y la cultura, intensa conflictividad familiar, marginación social y en muchas ocasiones conductas asociadas a consumos de droga, "delincuencias", etc. Es decir, un claro proceso de exclusión social"*⁶.

Reconociendo esta afirmación como acertada para un buen número de

⁴ Cfr. V INFORME FOESSA, 285. La **ONU** utiliza 2 acepciones distintas de umbral de la pobreza: Umbral de pobreza **relativo**: Quedan por debajo del umbral de pobreza relativo aquellos que ganen menos de la mitad del ingreso medio de un país. El umbral de pobreza relativo es el que utiliza la ONU para países desarrollados. Umbral de pobreza **absoluto**, que lo utiliza la ONU para países en vías de desarrollo: Se calcula mediante estimaciones sobre el coste de los alimentos necesarios para cubrir las necesidades energéticas de una persona, a lo que se añade el coste de otros productos no alimentarios que se consideran básicos. Dicho de manera esquemática, este umbral expresa la cantidad de dinero necesaria para no pasar hambre en esos países. Los técnicos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sitúan el **umbral de la pobreza** para los países del Tercer Mundo en 375 dólares por persona y año, es decir, un dólar por persona y día. El índice de **pobreza absoluta** en 275 dólares por persona y año.

⁵ V INFORME FOESSA, 285-286.



situaciones, sin embargo debemos ser cautos a la hora de pretender generalizarla, pues hay muchos casos en los que el detonante de la exclusión viene marcado por otros indicadores distintos del económico⁶. En cualquier caso, lo verdaderamente importante a la hora de medir la gradualidad de la pobreza es establecer correlaciones entre unos indicadores y otros. Cuantos más indicadores correlacionados se consideren, mayor posibilidad tendremos de aproximarnos a la verdad de la pobreza y la exclusión social⁷.

Otro lugar común a la hora de estudiar el fenómeno de los pobres y la pobreza es su vinculación con procesos históricos y sociales. Con esto queremos decir que la pobreza actual no se explica como algo fatal e inevitable, debido a causas naturales. Al contrario, la pobreza es fruto de la voluntad humana en sus dimensiones individuales y sociales. Y, por lo mismo, puede ser evitable. La consideración de la pobreza como fenómeno social se contrapone a ciertas visiones que pretenden responsabilizar exclusivamente a los individuos y a los colectivos pobres de su propia situación. Sin descartar la responsabilidad individual que en determinados casos de pobreza pueda darse, y se da de hecho, lo más acertado y común es afirmar que la pobreza actual es fruto de la violencia impuesta a colectivos enteros por múltiples estructuras y sofisticados y perversos mecanismos económicos y sociales.

Y finalmente, todos estamos de acuerdo en que la pobreza y la exclusión social existen, toman cuerpo real en multitud de seres humanos pobres y

⁶ A este propósito conviene distinguir entre **pobreza y exclusión**. A nivel general, excluidos son aquellos -personas, grupos, países enteros- que no participan, que no son tenidos en cuenta dentro de cualquier dinámica social. Un niño es excluido por sus compañeros cuando no le permiten participar en sus juegos, un hijo es excluido cuando no se le permite participar en la dinámica familiar, cualquier persona es excluida cuando, a través de cualquier tipo de mecanismos, se ejerce violencia sobre él y se le impide participar en la mesa del reparto de los derechos que como persona le asisten, condensados todos ellos en el derecho a ser sujetos de su propia vida y de su propia historia. Pues bien, un factor importante (aunque no el único) de exclusión es la pobreza, pues correlaciona con otros muchos factores que favorecen también la exclusión.

⁷ Esta es la razón de que los sucesivos programas del PNUD hayan ido introduciendo distintos indicadores para medir el grado de desarrollo-subdesarrollo de los distintos países: **Índice de Desarrollo Humano** (obtenido de la combinación de tres indicadores: esperanza de vida al nacer, nivel educacional e ingreso), **Índice de desarrollo relativo al género (IDG)**, que mide el índice de desarrollo humano (IDH) teniendo en cuenta las desigualdades existentes por países entre los varones y las mujeres (*Informe de desarrollo humano 1995*). **Índice de pobreza de capacidad (IPC)** que "tiene por objeto complementar el índice de pobreza de ingreso, y se concentra en la capacidad humana, igual que el índice de desarrollo humano. Pero en lugar de examinar la situación media de la capacidad de la gente, refleja el porcentaje de gente que carece de capacidad humana básica o mínimamente esencial. En el IPC se tiene en cuenta la falta de tres capacidades básicas. La primera es la capacidad de estar bien alimentado y sano, representada por la proporción de niños menores de cinco años que tienen peso insuficiente. La segunda es la capacidad de procreación en condiciones saludables, indicada por la proporción de nacimientos sin asistencia de personal de salud capacitado. La tercera es la capacidad de tener educación y conocimientos, representada por la alfabetización femenina... Respecto de cada país se suman esas tres cantidades y se dividen por tres para obtener una media aritmética simple. Mientras más baja es esta media, menor es la pobreza de capacidad" (*Informe de desarrollo humano 1996*).



excluidos. Desde hace ya bastantes años, a todos -técnicos y personas sencillas, jóvenes y mayores, conservadores y progresistas, creyentes y ateos- nos resulta lugar común la afirmación de que nuestro mundo está atravesado por una abismal y creciente desigualdad, cuya consecuencia más dramática, por injusta e inhumana, es la pobreza y la exclusión social en la que se encuentran millones de seres humanos. Esta desigualdad no se refiere únicamente al mundo considerado en su globalidad (países ricos-países pobres), sino que es la constante que acompaña como una sombra alargada a las distintas regiones y a cada uno de los países de la tierra.

2.2. Heridos a la vera del camino hoy

Si acudimos a estudios sociológicos e informes, no nos resultará difícil identificar una serie de colectivos sociales especialmente vulnerables que reclaman de nosotros compasión y solidaridad con carácter urgente y prioritario. Desde principios de los años noventa del siglo pasado, los informes anuales sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) identifican de manera inequívoca a los siguientes colectivos sociales como grupos “heridos a la vera del camino”: personas con bajos ingresos, mujeres, minorías étnicas, habitantes de las zonas rurales, discapacitados, refugiados y desplazados...

1. Las **personas con bajos ingresos** tienen dificultades para acceder a otros muchos aspectos de la vida social, económica y política. En casi todos los países -tanto desarrollados como en vías de desarrollo- las diferencias en el nivel de ingresos es enorme, y con tendencia a aumentar cada año. Según afirma el PNUD 2007, en la actualidad más de 1000 millones de seres humanos se ven obligados a sobrevivir con menos de un dólar diario. Por lo general utilizan más de la mitad de sus ingresos en alimentos para sus familias, lo que les deja aún menos para gastos de vivienda, agua, educación y cuidado de la salud. La mayoría de estas personas obtiene sus ingresos como puede, realizando tareas precarias, mal remuneradas y a veces inseguras. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), unos 200 millones de personas en el mundo no tienen trabajo de ningún tipo. Muchos millones más, incluidos algunos relativamente educados, tienen empleo insuficiente. En un mundo como el nuestro, en el que el empleo remunerado es la fuente principal para la mayoría de las familias de tener acceso al dinero y, mediante el mismo, disponer de bienes de consumo, quienes carecen de empleo o acceden a él de manera insuficiente, están condenados a formar parte del colectivo de los pobres.

2. Los **niños** forman uno de los grupos humanos que, a nivel mundial corren mayores riesgos de pobreza y exclusión social. Las tasas de mortalidad infantil (antes de cumplir 5 años) en los países menos desarrollados alcanzan niveles medios de 100 niños por cada mil nacimientos, mientras que en los países industrializados es del 10 por mil. Esta tasa se ha rebajado bastante en los últimos años (en 1960 había una tasa para los países menos desarrollados de 170 por



mil), pero aún sigue siendo de auténtica pesadilla, mucho más si consideramos las posibilidades técnicas y humanas de que dispone el mundo actual para evitar esa "masacre"; de hecho, la mayoría de estas muertes a edades tan tempranas se deben a causas perfectamente evitables: enfermedades causadas por agua contaminada, falta de vacunación o vacunación inadecuada, heridas en guerras y conflictos civiles, altos niveles de pobreza y malnutrición, enfermedades controladas en muchos lugares y que siguen siendo mortales en muchos países empobrecidos, como el sida, la malaria o la tuberculosis. El problema de todo esto es, una vez más, la desigualdad. Mientras en los países industrializados (ricos) corresponde un médico para 380 habitantes, en los países menos desarrollados, un médico tiene que atender a 22.580 habitantes.

Junto con el problema sanitario, más de 200 millones de niños ven afectado su crecimiento por la desnutrición, 13 millones mueren cada año -directa o indirectamente- de hambre o malnutrición, y más de 300 millones no tienen acceso a una educación elemental, 115 millones no tienen acceso a la escuela primaria.

3. **Las mujeres** son el grupo excluido más numeroso del mundo, exclusión que se da tanto en los países ricos como en los países pobres, aunque en éstos adquiera rasgos más acentuados. La discriminación contra la mujer constituye una profunda fisura que divide a todas las sociedades del mundo actual y se manifiesta en distinto grado: el 60% de los mil millones de personas más pobres del mundo son mujeres. La feminización de la pobreza y la exclusión social se manifiesta en indicadores como la educación, el empleo, la salud, la participación política, etc.

A nivel educativo, las mujeres representan dos terceras partes (550 millones) de los analfabetos del mundo (860 millones).

A nivel laboral, las mujeres tienen menos posibilidades que los hombres de participación en el empleo remunerado. A nivel mundial, las mujeres ocupan el 60% de los empleos no estructurados, insuficientemente protegidos y mal remunerados. A esto habría que añadir el escaso reconocimiento que tienen los múltiples trabajos que realizan, como son las tareas domésticas, el cuidado de los niños y de los ancianos, etc.

La exclusión de la mujer se manifiesta igualmente en el ámbito de la participación socio-política. En algunos países, ni siquiera les es reconocido el derecho a voto. A nivel mundial, su representación parlamentaria es muy inferior a la de los varones.

4. Otro grupo excluido de la participación son las **minorías étnicas y los grupos indígenas**. En repetidas ocasiones, los Informes de Naciones Unidas han aportado una serie de datos que manifiestan la situación de inferioridad en que se encuentran las comunidades negras en los países en que conviven con la población blanca. De igual manera, los grupos indígenas se ven sometidos diariamente a la marginación y a la exclusión y, muchas veces, a la persecución y al exterminio por parte de los grupos dominantes. Un caso significativo es el de los



indígenas mayas de Guatemala, descrito así, hace ya algunos años, por los dominicanos que viven y trabajan en la región de Alta y Baja Verapaz: *"Exclusión es sin duda alguna la palabra para designar el cúmulo de injusticias secularmente perpetradas en contra de los pueblos mayas, los primitivos y más verdaderos dueños de este país, que suman más del 60% de la población. Desde los tiempos de la conquista, los mayas y otros pobladores nativos de esta región fueron excluidos de su propia tierra, de su propia cultura y religión, de sus propias instituciones, de su libertad, y de su mismo derecho a la vida... La exclusión de la tierra es hoy un hecho generalizado en todo el territorio guatemalteco y determina la historia de Alta y Baja Verapaz... En Alta Verapaz, los nativos carecen de ella en su mayoría... La exclusión del derecho a la vida sigue siendo una realidad actual. Hoy podemos escuchar en Rabinal (Baja Verapaz) incontables y espeluznantes testimonios del genocidio que allí realizó el ejército en los años 80 al 83... La exclusión de su propia cultura e instituciones es otra injusticia heredada del pasado y plenamente vigente. La marginación étnica adquiere todos los rasgos del racismo. Ser indígena es ser inferior. Su lengua es prohibida en las escuelas y en todas las instituciones oficiales, su manera de vestir es discriminada y sus costumbres e instituciones son burladas. La mujer indígena, en especial, sufre múltiples formas de opresión y desprecio, a pesar de dar continuamente pruebas de una increíble capacidad de sufrimiento, de sacar adelante a su numerosa prole con los trabajos más duros incluso cuando está criando"*⁸. Desde la Segunda Guerra Mundial, 40 grupos étnicos de todo el mundo han sido perseguidos y asesinados colectivamente.

5. Los habitantes de zonas rurales es otro de los colectivos sometidos a múltiples formas de pobreza y exclusión, tanto en el mundo desarrollado como en los países en vías de desarrollo. En la actualidad, alrededor de las tres cuartas partes de los pobres del mundo vive en espacios rurales. Sin embargo, hemos de reconocer que el proceso migratorio hacia los cinturones de las grandes ciudades está siendo tan intenso que nos encontramos ante una pronta e irrefrenable urbanización de la pobreza a nivel mundial, lo cual está agudizando ya la gravedad de la misma.

En muchos de los países menos desarrollados, el ingreso rural per cápita es aproximadamente la mitad del correspondiente a las ciudades, y su acceso a determinados servicios (como educación, salud, abastecimiento de agua y saneamientos) resulta mucho más problemático. En los países desarrollados, la pobreza en el ámbito rural no viene mediatizada en primera instancia por la diferencia de ingresos personales o familiares, sino por la desigualdad de oportunidades a la hora de tener acceso a servicios públicos como infraestructuras adecuadas, sanidad, educación, cultura, etc, y por el abandono a que se ve sometido por parte de los sucesivos gobiernos y por parte de las instituciones públicas y privadas (incluida la Iglesia) y sus profesionales. El mundo rural, secularmente marginado, sigue siendo hoy escenario de pobreza,

⁸ IV COLOQUIO TEOLOGICO DOMINICANO, *El pueblo como sujeto. Alternativas desde los excluidos*. Ed. Lascasiana (Guatemala 1993) pp. 13-14.



marginación y exclusión social que reclama nuestra mirada compasiva y solidaria.

6. **Los discapacitados físicos y psíquicos** es otro grupo con graves riesgos de engrosar las filas de la pobreza y la marginación. Forman parte de este grupo nada menos que el 10% de la población mundial. Se trata de personas afectadas por múltiples carencias, como falta de trabajo, escasa o nula escolarización, dificultad para acceder a servicios de rehabilitación,... Todas estas carencias hacen sumamente problemática su participación en la vida de sus respectivos ámbitos sociales.

7. **Los refugiados y desplazados** a causa de conflictos bélicos, que actualmente conforman un colectivo superior a los 30 millones de personas. Son seres sin patria, sin hogar, sin posesiones y, en muchos casos, sin familia (huérfanos). Si a este grupo añadimos todos aquellos que, víctimas de la pobreza o de la destrucción del medio ambiente, abandonan zonas rurales para vivir en los cinturones de pobreza de las grandes ciudades, nos encontramos con más de 100 millones de personas totalmente desarraigadas, que forman el colectivo más pobre de la tierra.

8. **Los emigrantes.** Los flujos migratorios internacionales y continentales producidos por hambrunas, guerras y desastres climáticos son un signo de nuestro tiempo. Si es verdad que en todas las épocas se han dado este tipo de flujos de población en busca de alimentos y mejores condiciones de vida, no es menos cierto que hoy han adquirido dimensiones y características inéditas. Los pobres, como las especies animales migratorias, saben donde hay comida y son capaces de hacer travesías peligrosas por encontrarla. La pobreza y el hambre es la razón que explica el insistente desfile de frágiles pateras cargadas de africanos en busca de costas europeas, o de no menos frágiles "yolas", cargadas de haitianos y dominicanos, surcando el Mar Caribe con dirección a playas norteamericanas. La pobreza y el hambre es la razón que explica los flujos migratorios de todos los pobres del mundo.

El inmigrante pobre pone en peligro su vida para buscar mejores condiciones de vida, muchos de ellos mueren en el intento, otros son repatriados inmediatamente, después de haber perdido lo poco que tenían a manos de mafias internacionales. Quienes llegan hasta nosotros y logran regularizar su situación, entran a formar parte de un nuevo submundo pobre y marginado socialmente. Los inmigrantes tienen más dificultades que las personas nacionales para acceder al mercado laboral, a no ser en aquellos sectores que requieren una menor cualificación profesional o demandan en un momento determinado abundante mano de obra (trabajo de temporada en el campo, o en la construcción durante los últimos años); en situación de crisis como la actual, estas dificultades se acentúan para el colectivo general de inmigrantes. La precariedad de trabajo, el alto coste del alquiler de la vivienda y la necesidad de ahorro para poder mandar algo de dinero a sus familias hacen que muchas de estas personas y familias se vean obligadas a vivir hacinadas en pisos de barriadas urbanas periféricas o en casas sin condiciones de habitabilidad en muchos pueblos de España. La peor suerte la corren los emigrantes ilegales, a los cuales la imposibilidad de un



contrato de trabajo los obliga a vivir de actividades marginales, a la mendicidad, a la prostitución... y lo que es peor, a ser criminalizados como peligrosos delincuentes.

9. Heridos en medio de los rascacielos. La división social existente a nivel mundial se reproduce al interior de los países considerados más desarrollados. En todos ellos se va consolidando un estrato de población en el que confluyen muchas de las características señaladas anteriormente. Por supuesto que los pobres de los países desarrollados no lo son de la misma forma que los pobres de los países del Tercer Mundo. Comparados con éstos, poseen más oportunidades, evidentemente. Pero no se trata de comparar una pobreza con otra, sino de comparar cada una de las situaciones de pobreza con la situación de riqueza en que viven los sectores privilegiados de la misma sociedad. Aquí es donde cabe la equiparación de los pobres de aquí y de allá. En los países industrializados, los pobres conforman un submundo (el “cuarto mundo” le llamamos) rodeado de abundancia, en el cual ellos no encajan, ni participan, ni tienen voz, ni poder, ni perspectivas de futuro.

¿Cuántas personas conforman el colectivo de los pobres y excluidos en España y cuáles son sus señas de identidad? Según datos de la Encuesta de Condiciones de Vida, publicada por el Instituto Nacional de Estadística a finales de noviembre de 2008, el número de personas situadas por debajo del umbral de la pobreza en España era del 19,7%, dato que muestra claramente que a pesar del proceso de crecimiento económico sostenido que se ha registrado en España en la última década, los índices de desigualdad y de pobreza apenas se han reducido.

De manera muy matizada el VI Informe FOESSA sobre Exclusión y Desarrollo Social en España 2008 afirma que la pobreza sigue afectando a una quinta parte de los hogares españoles, que la pobreza extrema afecta a entre un 2,6 y un 4% de la población, que la exclusión social es una realidad constatada en más de un 17% de los hogares españoles, y que las situaciones de exclusión severa afectan a un 5.3% de los hogares.

El rostro de la pobreza en España sigue concentrándose en sectores históricamente marginados y excluidos por "estigma social", impedimento físico o carencia absoluta de medios de vida: personas sin hogar (30.000 personas), discapacitados (en España más de 3,5 millones de personas padecen alguna discapacidad), drogadictos (no se dispone de ninguna estadística fiable a nivel nacional), alcohólicos (3 millones), prostitutas (100.000 según fuentes oficiales y alrededor de 300.000 según otras fuentes; oficialmente el 90% de las prostitutas son extranjeras y el 80% víctimas de trata de seres humanos), gitanos (700.000 aproximadamente), enfermos de sida (se estima que en España entre 120.000 y 150.000 personas son seropositivas), encarcelados (más de 65.000, la mayoría de los cuales procedentes de ámbitos marginales, el 33 por ciento inmigrantes pobres), bolsas de pobreza del mundo rural).

Junto a estos colectivos, están los denominados “nuevos pobres”, es decir, parados sin retorno, subempleados y en economía sumergida, un creciente



número de jubilados y pensionistas y muchos inmigrantes extranjeros pobres, los cuales están multiplicando la diversidad en el espacio social de la exclusión, como hemos podido ver en las cifras anteriormente señaladas. Toda una pléyade de no productivos y no competitivos que no cuentan, que no hablan y que no están organizados, y cuya pobreza se torna, en la mayoría de los casos, circular o acumulativa e integral: falta de trabajo, bajo nivel educativo, baja cualificación laboral, deficiencias en los niveles de salud, viviendo en hábitats marginales y desfavorecidos (zonas rurales deprimidas y barrios degradados de las grandes ciudades) y con un nivel vital sumamente vulnerable (carencia de motivación, fatalismo, resquebrajamiento de la autoestima, recorte del horizonte vital, etc.). Según afirma el VI Informe FOESSA (2008), la pobreza tiende a concentrarse y hacerse cada vez más grave en el colectivo de jubilados con bajas pensiones, en las mujeres (hogares monoparentales a cargo de una mujer) y en los niños.

10. Nuevas víctimas surgidas de la crisis económica mundial

La crisis financiera y económica mundial desatada el año pasado está repercutiendo ya de manera dramática en todos los sectores tradicionalmente empobrecidos. Por relación a los países en vías de desarrollo, la crisis financiera ha venido a sumarse a la crisis alimentaria, motivada por la constante y desproporcionada subida de los alimentos a partir del año 2006. En septiembre del año pasado, la FAO señaló que el alza de los precios de los alimentos en los dos últimos años había aumentado el número de personas desnutridas en el mundo en 73 millones. Según reconoció el Secretario General de la ONU, Ban Ki-Moon, durante una conferencia con motivo del Día Mundial de la Alimentación “la situación sería de por sí alarmante si se limitara al problema del hambre, pero es aún más grave debido a que la escasez de alimentos desencadena otras amenazas que van desde la agitación social hasta la degradación ambiental”. Por su parte, la Alta Comisionada de Derechos Humanos de la ONU, Navi Pillay, ha afirmado recientemente que la crisis alimentaria y la crisis financiera mundial “están produciendo perversos y desproporcionados efectos en los países más pobres y en las vidas de las personas más vulnerables y de los grupos más marginados de la sociedad”. A causa de estas crisis, todos los países más empobrecidos están sufriendo ya una desaceleración económica que está echando por tierra los logros conseguidos durante los últimos veinte años en materia de desarrollo. Esta situación se convertirá en verdadera catástrofe humanitaria, no exenta de conflictos violentos, si los gobiernos e instituciones de los países más desarrollados adoptan políticas de reducción de la ayuda internacional para el desarrollo -cosa que ya está ocurriendo- en aras de proteger sus propias economías sin tener en cuenta la dramática situación de los pobres.

La crisis financiera mundial también está teniendo consecuencias graves en los países más desarrollados. La desaceleración económica es un hecho que se manifiesta en el cierre de muchas empresas y en el crecimiento del desempleo. A finales de enero, en España había 3,3 millones de personas en paro, y con una previsión de llegar a los cuatro millones a finales del presente 2009. Muy relacionado con el desempleo se encuentra – como hemos podido



comprobar a lo largo de este trabajo- la institucionalización de factores de diferenciación social como el sexo, la edad, la raza, la salud, etc. Se trata de características asignadas o impuestas a determinados grupos sociales, que les colocan en inferioridad de condiciones y oportunidades para acceder al mercado de trabajo. De esta manera, los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes, las personas de mayor edad no jubiladas... han sido siempre, por asignación o imposición social, grupos de especial riesgo en el mercado laboral.

Señalo dos colectivos laborales a los que la crisis actual ya les está afectando de manera muy fuerte: los trabajadores inmigrantes y los jóvenes con hipotecas. Los trabajadores inmigrantes son los primeros que pierden sus empleos, no sólo porque se cuestione su status, sino porque están ocupados en los sectores más afectados por la crisis; el desempleo afectará negativamente su proceso de integración social y abocará a muchos de ellos a un proceso de exclusión social. La crisis laboral también afectará a grupos de personas, especialmente jóvenes, que hasta ahora han formado parte del sector social intermedio con un aceptable nivel de bienestar y consumo y que, sin empleo, no podrán hacer frente a los ingentes costos de sus hipotecas, especialmente de vivienda, y se verán de repente sumidos en una grave situación de pobreza. Esta situación acarreará a muchas de estas personas problemáticas psicológicas y sociales especialmente preocupantes.

Por supuesto, la crisis repercute en los sectores tradicionalmente pobres, que verán reducidas o al menos controladas sus prestaciones sociales, y que tendrán que compartir las ayudas sociales con un mayor número de personas necesitadas. Esto hará que la pobreza en muchas personas se agudice y pasen a padecer pobreza severa.

2.3. Náufragos de este mundo. Cuando los pobres tienen rostro y nombre

Los estudios e informes sobre la pobreza son importantes para acercarnos a esta realidad de nuestro mundo, una realidad que algunos quieren ocultar y otros prefieren no ver, pero que está ahí. Sin embargo, los estudios e informes no son suficientes para comprender la profundidad y significación humana que dicha realidad contiene. Esto sólo es posible lograrlo cuando los análisis sociológicos son completados con la experiencia de encuentro y con la opción comprometida a favor de los pobres y su causa.

Desde esta perspectiva, la fuente del humano conocer es el rostro sufriente del otro y, por eso, el orden lógico del discurso cede terreno en favor del testimonio. Es lo que parece afirmar San Juan en uno de sus escritos: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos... os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros" (1 Jn 1,1-3). Es lo que hacen tantas personas que trabajan a diario con estos colectivos pobres, marginados y excluidos.



Hace pocos días, Dulce Carrera me envió desde la secretaría de Acción Verapaz este testimonio:

“Tengo hambre. Sí, tengo hambre. El frío y la debilidad de mi cuerpo preguntan por qué. Sé que tú tienes, que a ti te sobra, que hay para todos... Entonces... ¿por qué? Tengo hambre y no puedo pensar, tengo hambre y no puedo trabajar, no puedo estudiar, ni jugar, ni reír... Me despierto y tengo hambre. Pasan las horas y tengo hambre. Me acuesto y no duermo porque tengo hambre. Así no nos va bien: ni a ti, ni a mí. A los dos nos falta algo para ser más personas: a mí tu fuerza y a ti mi debilidad. Sí, las dos cosas son necesarias para que entre nosotros y en el mundo haya más paz, haya otra paz. Escucha hoy mi grito, y el de tantos y tantos millones de hermanos tuyos”. Soy Jacques y vivo en Haití.

Recientemente, Carmen Calzada, directora de Cáritas de Salamanca, comenzaba una conferencia con el texto de San Juan que citamos anteriormente. Y a partir de ahí, confesaba:

“He visto a una parte de la juventud de barrios de grandes ciudades que se desintegra entre el desempleo, el subempleo, el alcohol, la droga, la prostitución, el callejeo, el analfabetismo, el sinsentido... He visto a jóvenes, enfermos terminales de sida, sumidos en la más absoluta soledad y tristeza porque sus familias no les dejan vivir en casa. Cuando tenemos la experiencia de que, con la misma enfermedad, cuando tienen comprensión, cariño, alimentación adecuada, limpieza, cuidados sanitarios, etc. se aumenta la calidad y cantidad de vida para ellos... He visto a inmigrantes extranjeros escondiéndose por no estar legales en el país, buscando algo para vivir y alquilándoles chozas por vivienda cobrándoles rentas de escándalo o negándoles el alquiler al ver que eran de otro color de piel... He visto la vida de menores rota por la desestructuración familiar. Niños que nacen ya marcados por una familia donde el padre, la madre, los hermanos mayores no encuentran trabajo. Niños que van a la escuela como un compromiso molesto, porque ellos para lo único que tienen que educarse es para vivir en la calle, y en la calle rigen otras normas distintas de las que se aprenden en la escuela... He visto, en definitiva, el derrumbe impotente de la persona en medio del sufrimiento”.

Muchos hemos tenido la oportunidad de ver en países del Tercer Mundo rostros de campesinos y campesinas cubiertos de sudor, polvo, miseria e impotencia, esperando que llegue hasta la aldea un camino de tierra, o luz eléctrica, o una conducción de agua potable... servicios que no acaban de llegar en pleno siglo XXI..., barriadas enormes de chabolas y viviendas infrahumanas donde se hacían personas y familias enteras, apenas cobijadas por cuatro latas y cartones..., niños limpiando zapatos por las calles o vendiendo frutas para ayudar al sustento de la familia...

Y situaciones de marginación encontramos a diario entre nosotros. Fran, David, Juan Carlos, Jonathan, Gabriel... son personas concretas que he tenido la oportunidad de conocer en nuestra comunidad de Babilafuente mientras luchaban por liberarse de la droga en Proyecto Hombre, todos ellos jóvenes



tatuados con una historia personal de sufrimiento y de marginación social, alguno de ellos es seropositivo, todos con unos valores humanos admirables. Pepe, Micaela, Francisca... son personas mayores que viven en nuestros pueblos, viven solas porque sus hijos tuvieron que emigrar en los años setenta a la ciudad en busca de trabajo, no saben leer ni escribir. Henry, Lucho, Grace... son inmigrantes latinoamericanos, dejaron todo en su país (pueblo, familia, amigos) para poder sobrevivir ellos y sus familias, han encontrado trabajo en los pueblos y poco a poco se han ido integrando con la buena acogida de unos y de otros... Hasta que llegó la crisis. Ahora empiezan a sobrar.

Conclusión

Detrás de todas las cifras y de cada uno de los nombres mencionados en este trabajo hay personas humanas concretas que sienten, piensan, aman, luchan... y tienen unos derechos inalienables mundialmente reconocidos. Todos son seres humanos con los que Dios ha querido identificarse para revelar su rostro y en cuya acogida compasiva se juega el cristiano su bienaventuranza, tal como recoge San Mateo en la alegoría del Juicio Final: *“Venid vosotros, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis, estuve desnudo y me visitasteis, enfermo y en la cárcel y fuisteis a verme... Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”* (Mt 25,34-40).

Por tener unos derechos que sistemáticamente les son conculcados, todos estos colectivos deben ser los destinatarios principales de las políticas de activación social por parte de los gobiernos del mundo, y del apoyo solidario por parte de todos. Es la urgencia que ya señalaba hace más de cuarenta años el Concilio Vaticano II: *“Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo, el sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades, a que, acordándose de aquella frase de los padres **alimenta al que muera de hambre, porque si no lo alimentas lo matas** (Decreto de Graciano), según sus posibilidades, comuniquen y ofrezcan realmente sus bienes, ayudando en primer lugar a los pobres, tanto individuos como pueblos, a que puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos”* (GS 69a). Y que Juan Pablo II recordó en su encíclica Sollicitudo rei sociales, en 1987: *“Con sencillez y humildad quiero dirigirme a todos, hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra -con el estilo personal y familiar de vida, con el uso de los*



bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional- las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres" (SRS, 47.5).

Para los cristianos, estos son los heridos a la vera del camino que reclaman hoy y siempre nuestra inaplazable compasión samaritana. Esto implica que deben ser ellos los destinatarios principales de los recursos económicos y humanos de la Iglesia. En un contexto social en el que existe tanta pobreza y en el que, paradójicamente, se están invirtiendo tantos recursos eclesiales en inmuebles y servicios dedicados al culto y al bienestar institucional, conviene que recordemos algunas afirmaciones del documento "La Iglesia y los pobres", firmado por la Comisión Episcopal de Pastoral Social a fecha 21 de febrero de 1994: *"La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido. Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres" (n.10)... "Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia auténtica consiste en ser, aparecer y actuar como una Iglesia-misericordia; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejercita el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente en esa Iglesia misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza... La Iglesia-misericordia, que escucha y atiende el clamor de los pobres, revela en su vida lo más grande, lo más estupendo de Dios y de Cristo, tanto en la obra creadora como redentora" (n. 11). Esta opción ha de ser realizada por todos los cristianos: "Se trata de un deber de toda la comunidad, y no solamente de unos pocos digamos especializados en este ministerio... Debe ser común a todos los cristianos vivir y manifestar el amor entrañable... que Dios tiene hacia los pobres, tal como Jesús de Nazaret tan especialmente nos encomendó a sus discípulos... Ese testimonio de la misericordia de Dios debe manifestarse en toda su misión, y no en un pequeño grupo de personas, ni a ciertas horas en un despacho asistencial, ni predicando una vez al año el Día de la Caridad..., como si fuese una modesta parcela entre las muchas actividades de la vida eclesial y pastoral. No. En modo alguno. Mientras no tengamos una conciencia más honda y más concreta de que la misericordia hacia los pobres es la gran misión de todos y siempre, bien podríamos decir que la Iglesia y los cristianos no tenemos conciencia, y somos infieles a la misión que el señor con tanto empeño nos encomendó" (nn.14-15).*

Del dicho al hecho sólo media el compromiso. Ese paso es el que no sólo deseamos, sino el que sentimos como radical imperativo moral en estos momentos.



Bibliografía

- Informes anuales del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Informe FOESSA V (1994) e Informe FOESSA VI (2008).
- Carlo ROCCHETA, *Teología de la ternura. Un “evangelio” por descubrir*, Ediciones Secretariado Trinitario, Salamanca, 2001.
- José Ignacio GONZÁLEZ FAUS, *Vicarios de Cristo. Los pobres en la teología y espiritualidad cristianas. Antología comentada*, Trotta, Madrid, 1991.
- Luis GONZÁLEZ-CARVAJAL, *El clamor de los excluidos. Reflexiones cristianas ineludibles sobre los ricos y los pobres*, Sal Terrae, Santander, 2009.

Cuestiones para pensar y dialogar

1. ¿De qué manera está integrada la compasión evangélica en la espiritualidad y misión de nuestras comunidades?
2. Si el amor preferencial de Jesús y de la mejor tradición de la Iglesia hacia los pobres y excluidos es tan fundamental, y si cada vez hay más pobres y excluidos en nuestra sociedad, ¿por qué la Iglesia actual, los religiosos y los cristianos en general nos tomamos tan poco en serio esta opción?
3. ¿De qué manera influye esta opción fundamental a la hora de discernir nuestras presencias, nuestra misión y nuestro estilo personal y comunitario de vida?